

COLABORACION DE LA VANGUARDIA

LAS LENGUAS DE MAÑANA (6)

A CADA TIEMPO, LO SUYO

NATURALMENTE, las lenguas no son «cosas» hechas de una vez para siempre. Como cualquier otro producto del hombre, pertenecen a la «historia», y acompañan o siguen a las evoluciones y a las revoluciones de la sociedad que las habla. Pueden llegar, incluso, a extinguirse del todo: a «morir». Ya queda dicho y repetido. Pero, aún mientras viven y están en pujanza, nunca se estancan. Fluyen, se ajustan a las necesidades del tiempo, renuevan o remozan de continuo sus medios. La pretensión de «fijarlas» —la gramática preceptiva, a las academias y demás maniobras del mismo tipo— suele ser un expediente inevitable para frenar su curso espontáneo, que, sin ello, tendería al desbarajuste o a la disolución. Muy a menudo, los gramáticos y los académicos cometen la imprudencia de convertir su tarea de vigilantes en pundonor ordenancista, y el idioma escrito, el literario, a fuerza de códigos y de correcciones, se anquilosa y se aleja de la costumbre diaria de la gente. De todos modos, hasta ahora mismo, la presumible separación entre la lengua literaria y la lengua coloquial casi nunca alcanza extremos lamentables: la escuela y la lectura contribuyen a difundir el modelo docto y estabilizador, mientras que los escritores procuran inyectar en éste las invenciones de la conversación callejera. Una influencia recíproca es lo normal. Allá donde esa ósmosis no se da —sea por lo que fuere—, el asunto toma un mal cariz, y cada rama del idioma va por su lado: la de los libros y sus fabricantes se encastilla en su ambición selectiva; la del pueblo, sin control ni cauce, bordea el caos. Desde luego, las lenguas más «iletradas» son las que evolucionan con mayor rapidez. Algunos etnólogos testifican que, en ciertas tribus africanas de civilización paleolítica, el lenguaje de los abuelos apenas es ya entendido por los nietos. Hay que creerlo...

Los habitantes del mundo románico hablamos hoy idiomas surgidos de un latín analfabeto que las legiones imperiales y los colonos imperialistas esparcieron en su aventura. Digo: un latín analfabeto. Las condiciones de vida de la Alta Edad Media no permitían otra opción: las letras, entonces, eran oficio o solaz de una insignificante minoría monástica. Esta y su escuela universitaria, ya muy posterior, continuaron

aferradas al latín, con una clara conciencia de privilegio, que dura hasta el siglo XVIII. Las multitudes ignoras «hablaban» al margen de la gramática, y acabaron forjando unas lenguas distintas. Un día, alguien —un escribano poco ducho en el latín, o sus clientes que así lo exigieron— empezó a poner el romance por escrito. Y tal fue el principio de consolidación para los nuevos lenguajes. Sin aquella primera tinta de los notarios y de los clérigos del XI y del XII, nuestra actualidad verbal sería otra. Poco a poco, por necesidad y por voluntad a partes iguales, los derivados del latín lograron estructura de «lenguas cultas», esto es, perdurables. Porque, si bien sus masas de hablantes no dejaron de ser analfabetas, la situación se configuraba ya, en sus orígenes, de manera muy diferente a la de los clanes rupestres del África, antes aludidos. Sin contar con lo que vino luego: universidades, imprentas, estados, televisores... más o menos.

Pero no todo concluye ahí. Otros cambios sociales se sucedieron, y repercutieron en las lenguas. Prueba al canto: acudamos a un texto del siglo XIII, y a otros de siglos posteriores, en escalonada exposición. Pasemos de Lull a Metge, de éste a Martorell, de Martorell al Rector de Valfogona, a un poeta floralésco, a Carner, a Pla. O: del arcipreste de Hita o Berceo a la «Celestina», a Cervantes, a Gracián, a Moratín, a Zorrilla, a Galdós, a Ortega. O: de Villon a Rabelais o Montaigne, a Pascal o Racine, a Voltaire, a Hugo, a Mallarmé, a Gide, O... Cada idioma nos ofrece su muestrario. Y si hemos de ser honestos, tendremos que convenir que, en verdad, dentro de cada idioma ha habido formas «de idioma» muy dispares. No se trata sólo de variantes filológicamente cualificables. Hay en ello, también, notorias alteraciones del «dispositivo». Los escritores que cito —si la suposición, absurda, merece aceptarse— no son «intercambiables» en su propia lengua. Cada uno de ellos está irreductiblemente ligado al estadio lingüístico en que se inserta. Se escribe en la lengua que se posee: el fragmento de lengua que se posee. Y escribir es pensar, sentir, calcular. La nómina podría ser ampliada, en efecto, a filósofos y a hombres de ciencia.

Esto es evidente. ¿No será, por tanto, nuestro destino, nuestra oportunidad, buena o mala, apechugar

con el lenguaje exiguo y cosmopolita, depravado y escolar, de los locutores de radio y televisión, de los tebeos y los burócratas? Nos ha tocado encajar este período de «evolución»... Lo cual no puede ser más cierto. Sin embargo, nos rebelamos ante esa presunta fatalidad. Las «amenazas» son palpables: con el idioma que se nos viene encima, ¿qué se podrá hacer? ¿Qué ideas, qué sentimientos, qué cálculos serán posibles a la gente de mañana?

Las personas de mi edad —y todavía no entro en los cincuenta— hemos visto y vivido, en esta Europa sabia y rural de nuestras entrañas, la vigencia eficiente del arado romano. Es un detalle. Durante milenios, hasta ayer, el cultivo de la tierra, la confección de muebles, la cría de semovientes, el dinero, las creencias, las fidelidades cívicas, se habían mantenido bastante uniformes. Y no digamos la moral sexual o las relaciones paternofiliales. De pronto, saltamos a la cibernética, a las excursiones a la Luna y a los satélites teledifusores. ¿Qué diablos pintan ya, en ese «salto», el Petrarca, el «Quijote», Dostoiewski, La Rochefoucauld o Jaime Roig? ¿Y son Einstein y sus hijos y ahijados quienes han ganado la partida? ¿Qué lengua, dentro o fuera de la OTAN, resistirá el trauma? ¿En qué consistirá «una lengua», en el futuro?

Mientras escribo estas líneas, me asalta otro miedo: el de que las inquietudes que enuncio sean, en resumidas cuentas, un miedo de escritor. Quienes nos dedicamos a la manipulación de las palabras para ganarnos el sustento, ¿no abultaremos, no estaremos dramatizando el esquema? Rotundamente: sí. Pero el esquema no es una pesadilla ni una fantasía «nuestra». Responde a la realidad más difana. Los literatos son, somos, por oficio, los depositarios de las virtudes y de las virtualidades del idioma. El que seamos «eso», o lo seamos más que nadie, no supone que el resto de la población «hablante» carezca de interés, de intereses, en el tema. Lo de menos, en definitiva, es Shakespeare, Lope, Rois de Corella, Boccaccio a Baudelaire. Lo que importa es cómo «hablará» la gente de mañana. ¿«Por boca de ganso», y que se me disculpe el modismo?

Joan FUSTER

SIN PAUSA Y SIN PRISA

Notas a la actualidad cultural

Algo sucede en Puerto Rico

CON la pupila llena del luminoso azul turquí de la tierra portorriqueña, el viajero medita acerca de un pequeño hecho trascendental. Como acaso mis lectores sepan, una importante asamblea académica se ha desarrollado cerca del recinto murado del viejo San Juan, en la isla de Puerto Rico. Nueve miembros de la Real Academia Española y treinta representantes a las Academias Americanas han debatido la posibilidad de refundición de los americanismos en un «corpus lingüístico» que los enlace y unifique. El fenómeno es interesante, porque atañe a toda la comunidad hispánica. Se trata, nada menos, que de dar definitiva cédula de legitimidad a los vocablos que proliferan más allá del Atlántico.

¿Son, efectivamente, palabras privativas de América? Ciertamente que las palabras procedentes de la cantera indígena lo son, y ninguna duda hay cuando se trata de vocablos como «cacaos», «aguacates» o «bateys». Toda actitud imperial se construye por incorporación. Y a la manera como en el Panteón de Roma cupieron en un momento dado todos los dioses privativos de cada una de las provincias que se amparaban bajo los lábaros de Roma, así también las sabrosas palabras araucanas o quechuas pasaron a ser instrumentos expresivos en las bocas de los conquistadores.

El problema lo plantean, pues, las palabras de raigambre neolatina que ómos en la Pampa o el Ande. Aquellas palabras que suelen aparecer con el sobrenombre de «argentinismos» o «chilenismos». Cada vez que una Academia de la Lengua, de las que conectan su labor con la Academia de Madrid, propone una voz de estas para el Diccionario, sentimos la tentación de averiguar en primer término si se trata de una lengua privativa de la nación que la propone o si tiene un alcance dilatadamente continental.

Todavía más interesante es el hecho de que este presunto americanismo sea, en realidad, una vieja voz castellana que ha dejado de usarse en la Península y que continúa como un substrato vivificador en aquellas lejanías geográficas. Descubrimos entonces que la lengua está constituida por vasos comunicantes, y que muchas veces presumimos de cantonalismo o de autocracia, cuando, en realidad, estamos expresando formas de la lengua común. Unamuno ironizaba cuando algún hispanoamericano le explicaba una frase o proverbio «como decimos por allá», haciéndole notar que la misma locución se usaba exactamente entre nosotros.

El problema es mucho más complejo si nos referimos al nivel semántico. Una misma palabra, por ejemplo, puede significar cosas distintas en distintas áreas de la Hispanidad. Y todos los que recorremos los países hispanoamericanos somos alertados acerca de alguna palabra que, siendo inocua entre nosotros, adquiere significados escandalosos en la lengua de un chileno o de un peruano.

La segunda cuestión planteada en las reuniones de Puerto Rico es sobremana importante. A la sombra del prestigio de un catalán-portorriqueño, Augusto Malaret, cuyo «Diccionario de Americanismos» sienta cátedra en los campos de la filología hispánica, se ha pretendido, en las reuniones de Puerto Rico sentar las bases de un nuevo vocabulario que considere dichas palabras y las ordene refundidamente para conseguir, entre otras cosas, conocer si la presunta palabra nacional tiene también un alcance continental. Pero, como hemos dicho más arriba, nos queda siempre por saber si, a su vez, esta palabra continental no está insertada en las palabras idiomáticas peninsulares.

En resolución, se trataba en esta docta reunión de Puerto Rico, de saber si deberíamos insistir en un nuevo «Diccionario de Americanismos» o si debemos proponer la integración de dichos americanismos en el Diccionario de la Lengua general.

Cuando don Augusto Malaret produjo su obra, la Academia de Madrid se sentía poco propicia a incorporar los vocablos de América. Inversamente, la actitud académica de hoy abre gozosamente sus brazos a la incorporación de los vocablos hispanoamericanos. El ideal sería, a lo que entiendo, crear una condensación lingüística de tal calibre que permitiera incorporar todas las voces vivas de la lengua americana a las arcas del patrimonio común de nuestro diccionario, unirlos como novedad lingüística a las otras, sencillamente como reintegración de la voz americana a su más auténtica raíz peninsular.

Todo esto es lo que se ha planteado en la docta sesión desarrollada en San Juan de Puerto Rico. Digamos a este efecto que se trata del lugar estratégico y de manera más precisa y eficaz no pudiera haber sido elegido. Puerto Rico, en efecto, es una de las fronteras más patéticas de la geografía lingüística del castellano. Una geografía donde se pone a prueba todos los días la capacidad de resistencia de nuestra lengua frente a la presión del inglés.

Nuestros ojos han visto en estos días escenas emocionantes en las que se debatían, como en una trinchera, presiones políticas y culturales que exigían temple acerado y explican los estados de crispación de muchas gentes para las que el porvenir cultural aparece como incierto. Asombra, sin embargo, el hecho cierto de que después de setenta años de incorporación norteamericana, el castellano no siga siendo la lengua coloquial y cultural de los habitantes de Puerto Rico. Un callado heroísmo y una decisión fulgurante animan a estas gentes a mantenerse fieles a lo que estiman carta de legitimidad de su pasado histórico y de su conciencia nacional. Sospecho que si triunfara la corriente política preconizada por el actual Gobierno de Puerto Rico, consistente en convertir la isla en un Estado más dentro de la gran máquina geopolítica de los Estados Unidos, fatalmente el castellano acabaría siendo, como lo es en Tejas y en Nuevo Méjico, una jerga o «patois» de segunda clase, sometido a la forma de degradación de las lenguas que carecen de representatividad oficial.

En este sentido, la batalla es dura y patética, y explica bien la crispación de los espíritus y la angustiada preocupación con que escrutan el porvenir.

Regresamos de Puerto Rico con una extraña luminosidad en los ojos, que no surge exactamente de su fulgurante cielo turquí, sino de los espíritus crepitantes que mantienen la fidelidad a la lengua como única garantía de pervivencia nacional.

Guillermo DIAZ-PLAJA

De la Real Academia Española

GRAN LICOR





CO-BRANDY
BONET



RAYMOND'S
BONET



RON TRAPICHE
CUBANO

Destilerías BONET

les desea Felices Fiestas y un esplendoroso Año Nuevo



ANIS
COSTA BRAVA



PEPPERMINT
BONET



VODKA
IVANOFF



CHERRY
BRANDY



SAINT JACQUES
BRANDY

Estomacal BONET

El licor de la familia

RAMON BONET, S. A. San Feliu de Guixols - España

LAS JOVENES DE HOY NECESITAN

Luxindex



Luxindex

En un LUXINDEX caben, perfectamente distribuidos: apuntes, direcciones, compromisos sociales y muchos otros datos más, necesarios de tener siempre a mano.

Pida folletos a "DISESPA"

Balmes, 79, 4.º, 1.ª - BARCELONA-7

DE VENTA EN LOS ESTABLECIMIENTOS DEL RAMO

EL LUXINDEX —grabado con sus correspondientes anagramas o marcas— es el más insustituible ELEMENTO DE OBSEQUIO Y PROPAGANDA DE EMPRESAS para sus clientes y favorecedores

Deloitte, Plender, Haskins & Sells, S. A.

Comunica a efectos de lo dispuesto en el Artículo 86 de la L.S.A., el traslado de su domicilio, dentro de la ciudad de Barcelona, de Tuset, n.º 8, al número 19 de la misma calle.

Barcelona, 1 de diciembre de 1969

El director-gerente

¿LOS MEJORES PRECIOS EN CALZADO?

No lo dude un solo instante: CALZADOS WIR, Diputación, 264 CALZADOS C.Z.B., Aragón, 231, bis

Únicamente artículos de calidad

Pruebe Ud. a comprarnos una sola vez y se convertirá en nuestro más asiduo cliente; se lo podemos asegurar. Calzado para pies delicados, en varios anchos

wertheim

rápida, s. a.

MAQUINAS DE COSER - ELECTRODOMESTICOS - OBJETOS REGALO - CONTADO Y PLAZOS

Rambla de Cataluña, 7 - Teléfono 231.26.07 - BARCELONA - 7

¡HERNIADOS!

«ODRAP», palabra que significa solidez, comodidad. Un adelanto evolutivo para los herniados es el aparato «ODRAP». Es un invento sin hierro ni flejes, sólo pesa 95 gramos, sin bultos, en traje de baño se lleva sin notarse. No se estropea aunque se bañe, por ser lavable. Con «ODRAP» la hernia irá contenida, mejorando. El aparato «ODRAP» se fabrica a medida bajo prescripción facultativa. «ODRAP». Travesera de Gracia, 10, pral. (jto. Pl. Calvo Sotelo). BARCELONA. Consulte a su médico. (C.P.S. 1322). Visitas de 10 a 1 y de 4 a 7.